

Ya ese peso lo gané  
Si mi saber no se esconde:  
Quítese usted; no sea que  
Una viga caiga, y donde  
*Los cabellos penden de.*

Esto fué muy público en México. Se le dió el mismo pie para que lo trovara á la madre Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa jerónima, célebre ingenio, y poetisa famosa en su tiempo, que mereció el epíteto de la *décima Musa de Apolo*; pero la dicha religiosa no pudo trovarlo y se disculpó muy bien en unas redondillas, y elogió la facilidad de nuestro poeta.<sup>1</sup>

En otra ocasión, pasando cerca de él un escribano con un alguacil, se le cayó al primero un papel; lo alzó

<sup>1</sup> Por no ser muy comunes las obras de Sor Juana, se pone aquí su contestación, que está en el tomo II de sus obras. E.

Señora, aquel primer pie  
Es nota de posesivo,  
Y es inglosable; porque  
Al caso de genitivo  
Nunca se pospone el *de*.  
*Y así el que aquesta Quinti-  
lla hizo y quedó tan ufa-  
no, pues tiene buena ma-  
no, glose esta redondi-  
Lla-no el sentido no topo,  
Y no hay falta en el primor;  
Porque es pedir á un pintor  
Que copie con un hisopo.*  
Cualquier facultad enseña,  
Si es el medio desconforme;  
Pues no hay músico que forme  
Armonía en una peña.  
Perdonad, si fuera del  
Asunto ya desvario  
Porque no quede vacío  
Este campo de papel.

el segundo, y le preguntó el escribano ¿qué era? El alguacil respondió, que un testimonio, y el negro prontamente dijo:

¿No son artes del demonio  
Levantar cosa tan vil?  
¿Pero cuándo un alguacil  
No levanta un testimonio?

Otra ocasión entró á una casa donde estaba sobre una mesa una imagen de la Concepción... Vayan ustedes teniendo cuidado qué cosas tan disímbolas había. Una imagen de la Concepción, un cuadro de la Santísima Trinidad, otro de Moisés mirando arder la zarza, unos zapatos y unas cucharas de plata. Pues, señores, el dueño de la casa, dudando de la facilidad del negro, le dijo que como todas aquellas cosas las acomodara en una estrofa de cuatro pies le daría las cucharas. No fué menester más para que el negro dijera:

Moisés para ver á Dios  
Se quitó las antiparras;  
Virgen de la Concepción,  
Que me den estas cucharas.

Ningún concepto ni agudeza se advierte en este verso; pero la facilidad de acomodar en él tantas cosas inconexas entre sí y con algún sentido, no es indigna de alabanza.

Por último, la hora de la muerte sabemos que no es hora de chanzas, pues en la de nuestro poeta manifestó éste lo genial que le era hacer versos, porque estando auxiliándolo un religioso agustino, le dijo:

Ahora sí tengo por cierto,  
Que la muerte viene al trote:  
Pues siempre va el *zopilote*  
En pos del caballo muerto.

Hemos de advertir que este pobre negro era un vulgarísimo sin gota de estudios ni erudición. He oído asegurar que ni leer sabía. Conque si en medio de las tinieblas de tanta ignorancia prorrumplía en semejantes y prontas agudezas en verso, ¿qué hubiera hecho si hubiera logrado la instrucción de los sabios, como por ejemplo, la del señor doctor que está presente?

— Buena sea la vida de usted, señor cura, le respondí. En esto se acabó la comida y se levantaron los manteles, quedándonos todos platicando sobremesa, sin dar gracias á Dios, porque ya en aquella época comenzaba á no usarse; pero el subdelegado, á quien se le quemaban las habas por vernos enredar á mí y al cura en la cuestión de medicina, me dijo: — Ciertamente que yo deseaba oír hablar á usted y al señor cura sobre la facultad médica; porque la verdad, nuestro párroco es opuestísimo á los médicos.

— No debe serlo, dije yo medio alterado; porque el señor cura debe saber que Dios dice: que Él crió la medicina de la tierra, y que el varón prudente no debe aborrecerla, *Dominus creavit de terra medicinam, et vir prudens non aborrebit eam*. Dice también: que se honre al médico por la necesidad, *honora medicum propter necessitatem*. Dice... — Basta, dijo el cura; no nos amontone usted textos que yo entiendo. Catorce versículos trae el capítulo 38 del Eclesiástico en favor de los médicos; pero el décimoquinto dice: *que el que delinquire en la presencia del Dios que lo crió, caerá en las manos del médico*. Esta maldición no hace mucho honor á los médicos, ó á lo menos á los médicos malos.

Muy bien sé que la medicina es un arte muy difícil; sé que el aprenderla es muy largo; que la vida del hombre aún no basta; que sus juicios son muy falibles y dificultosos; que sus experimentos se ejercitan en la respetable vida de un hombre; que no basta que el médico haga lo que está de su parte, si no ayudan las circunstancias, los asistentes y el enfermo mismo en cuanto les toca; sé que esto no lo digo yo sino el príncipe de la medicina, aquel sabio de la isla de Cos, aquel griego Hipócrates, aquel hombre grande y sensible cuya memoria no perecerá hasta que no haya hombres sobre la tierra, aquel filántropo que vivió cerca de cien años y casi todos ellos

los empleó en asistir á los míseros mortales; en indagar los vicios de la naturaleza enferma; en solicitar las causas de las enfermedades y la eficacia y elección de los remedios, y en aplicar su especulación y su práctica al objeto que se propuso, que fué procurar el alivio de sus semejantes. Sé todo esto, y sé que antes de él los míseros pacientes, destituidos de todo auxilio, se exponían á las puertas del templo de Diana en Éfeso y allí iban todos, los veían, se compadecían de ellos y les mandaban lo que se les ponía en la cabeza. Sé que los remedios que probaban para tal ó tal enfermedad se escribían en unas tablas que se llamaban *de las medicinas*; sé que el citado Hipócrates, después de haber cursado las escuelas de Atenas treinta y cinco años, desde la edad de catorce, y después de haber aprendido lo que sus médicos enseñaban, no se contentó, sino que anduvo peregrinando de reino en reino, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, hasta que encontró estas tablas, y con ellas y con sus repetidas observaciones hizo sus célebres aforismos; sé que después de estos descubrimientos se hizo de la medicina un estudio de interés y de venalidad, y no como antes que se hacía por amistad del género humano.

Todo esto sé y mucho más que no refiero por no cansar á los que me oyen; pero también sé que ya en el día no se escudriña el talento necesario que se re-

quiere para ser médico, sino que el que quiere se mete á serlo aunque no tenga las circunstancias precisas; sé que en cumpliendo los cursos prescritos por la Universidad, aunque no hayan aprovechado las lecciones de los catedráticos, y en cumpliendo el tiempo de la práctica, ganando tal vez una certificación injusta del maestro, se reciben á examen, y como tengan los examinadores á su favor ó la fortuna de responder con tino á las preguntas que les hagan, aun en el caso de procederse con toda legalidad, como lo debemos suponer en tales actos, se les da su carta de examen, y con ella la licencia de matar á todo el mundo impunemente.

Esto sé, y sé también que muchos médicos no son como deben ser, esto es, no estudian con tesón, no practican con eficacia, no observan con escrupulosidad, como debieran, la naturaleza; se olvidan de que la academia del médico y su mejor biblioteca está en la cama del enfermo más bien que en los dorados estantes, en los muchos libros y en el demasiado lujo; y mucho menos en la ridícula pedantería con que ensartan textos, autoridades y latines delante de los que no los entienden.

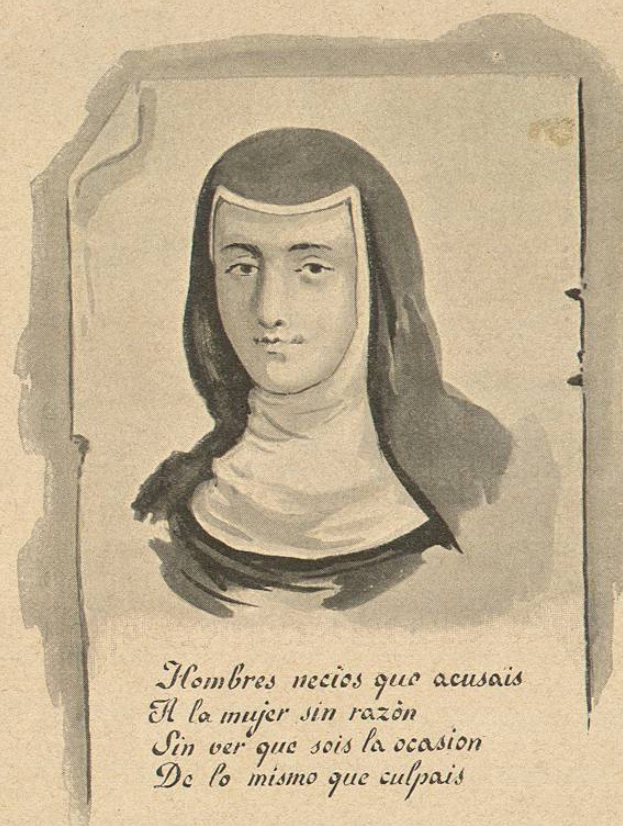
Sé que el buen médico debe ser buen físico, buen químico, buen botánico y anatómico; y no que yo veo que hay infinidad de médicos en el mundo que igno-

ran cómo se hace y qué cosa es, por ejemplo, el sulfato de sosa, y lo ordenan como específico en algunas enfermedades en que precisamente es pernicioso; que ignoran cuáles son y cómo las partes del cuerpo humano, la virtud ó veneno de muchos simples, y el modo con que se descomponen ó simplifican muchas cosas.

Sé también que no puede ser buen médico el que no sea hombre de bien, quiero decir, el que no esté penetrado de los más vivos sentimientos de humanidad ó de amor á sus semejantes; porque un médico que vaya á curar únicamente por interés del peso ó la peseta, y no con amor y caridad del pobre enfermo, seguramente éste debe tener poca confianza, y lo cierto es que por lo común así sucede.

Los médicos cuando se examinan juran asistir por caridad, de balde y con eficacia á los pobres; ¿y qué vemos? Que cuando éstos van á sus casas á consultarles sobre sus enfermedades sin darles nada, son tratados á poco más ó menos; pero si son los enfermos ricos y mandan llamar á su casa á los médicos, entonces éstos van á visitarlos con prontitud, los curan con cuidado, y á veces este cuidado suele ser con tal atropellamiento (si no hay implicación en estas palabras), que con el mismo matan á los enfermos.

Aquí hizo el señor cura una breve pausa, sacando la caja de polvos, y luego que se hubo habilitado las narices de rapé, continuó diciendo lo que veréis en el capítulo siguiente.



*Hombres necios que acusáis  
A la mujer sin razón  
Sin ver que sois la ocasión  
De lo mismo que culpáis*